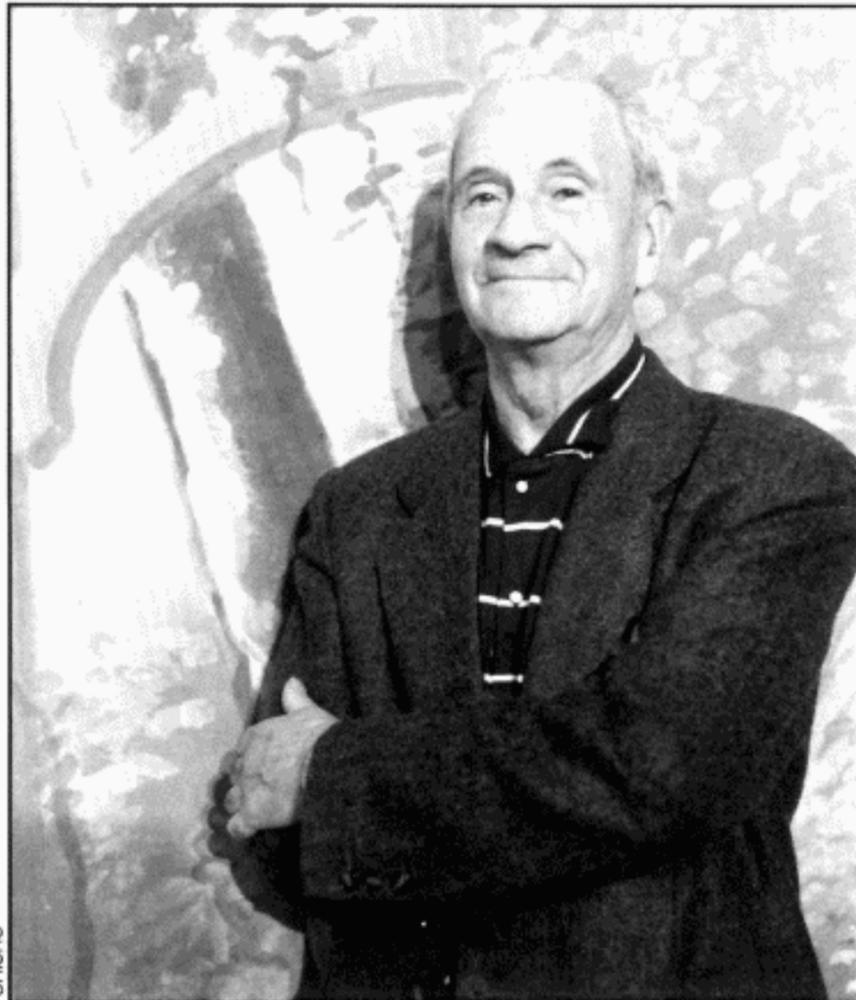


ANTONIO SENDRAS:

Una precoz vocación condujo a Antonio Sendras a la pintura. Una circunstancia familiar le llevó a relacionarse con el mundo del teatro hasta el punto de dedicar su vida por entero a la decoración y ambientación de escenarios desde los ya remotos años veinte hasta el presente, en que todavía difunde sus conocimientos y experiencia entre los alumnos que pasan por el taller de Enrique López.



dad es que nunca he tenido problemas con la crítica, que siempre me ha tratado bien, aunque la obra no lo haya sido". Le cabe, asimismo, la satisfacción de haber sido escogido como escenógrafo de diversos estrenos e, incluso, la inauguración del que fuera Teatro Progreso.

Explica, por otra parte, que siempre se ha conformado con el precio que han puesto a su trabajo, "aunque, la verdad, es que no me he enriquecido con él". De todas formas, siempre se ha negado a desprenderse de sus dibujos y bocetos cuando han intentado comprárselos: "Me imagino que, cuando yo muera, le gustará tenerlos a mi hija". Imbuido en los inmensos soportes que fueron, en un primer momento, de papel y luego de tela, en los rompimientos y costados, en los efectos de luz con sus claros y sombras, en los distintos ángulos de visión de los espectadores, en los ejerci-

ESCENÓGRAFO PARA TODO TIEMPO

José María del Moral

Un romántico rezagado, "el último pintor de telones" son apelativos que Andrés Peláez da a este testigo activo del teatro, principalmente, de repertorio de los últimos sesenta y cinco años. Una personalidad sencilla y entregada a lo que más le ha gustado hacer, pintando primero en telones de papel, luego en tela y, finalmente, haciendo bocetos y maquetas, que un equipo, dirigido por él mismo, realizaba al tamaño que exigían los escenarios. Complemento de todo ello son la multitud de dibujos y apuntes al natural de los más variados rincones de España por los que ha viajado y, sobre todo, de ese Madrid castizo y zarzuelero en el que nació en 1910 y en el que siempre ha vivido. Es más: jamás ha trabajado un encargo fuera de su ciudad, "aunque mis telones fueran para ser vistos en Barcelona o América".

"La verdad es que yo no era un buen estudiante y lo que, en realidad, me gustaba era pintar y mi familia lo sabía. Dio la casualidad de que, cuando tenía catorce años, se instalaron García y Ros en un local de una finca que unos tíos míos tenían al lado del teatro Fuencarral. Yo entré de aprendiz y recuerdo que era duro porque, al principio, no hacía más que poner ti-

ras, pegar papel, clavar y lo que realmente quería era dibujar. De todas formas, en contra de lo que pensaba inicialmente mi familia, continué trabajando mientras estudiaba. Lo primero que hice fue un letrero para *Doña Francisquita* que ponía 'botillería'. Era el año veinticuatro".

Mientras acudía a sus clases de delineante en la Academia de Ferrocarriles, fue aprendiendo, también en el taller, las proporciones, escalas, las perspectivas, los efectos de profundidad "sin meter camelos", señala. "A los dieciocho años ya pintaba telones solo. Uno de los primeros fue el claustro que sale en la revista *Las Corsarias*. Así empecé y me animé por lo variado de cada asunto. Por entonces, ya iba haciendo apuntes al natural de los lugares por donde viajaba y hoy tengo varias carpetas con las que estoy haciendo un laborioso trabajo de clasificación y ordenación. No sé cuántos kilos de papel tengo dibujados...".

Hacia el año treinta establece una cordial relación personal y profesional con José Martín Gari —formado éste en la más pura influencia romántica de tradición catalana, a través de su maestro escenográfico Ricardo Alós—, que fue quien determinó en mayor grado la forma de hacer del joven Sendras, entroncando, de esta manera, con una tradición que se continúa desde mediados del siglo XVIII con Luis Muriel y San Miguel. Para

entonces se había especializado ya en telones para ópera y zarzuela: "Puestos a elegir, prefería pintar las decoraciones de las óperas, que llegan a los 10 metros, mientras que los de las zarzuelas difícilmente rebasan los siete", comenta, menudo y vivaracho, mientras señala uno de sus telones que se exponen en la carpa del Teatro Español, de Madrid, junto a varias docenas de bocetos y maquetas también en su creación.

Al cierre de los talleres de Gari y la muerte de Ros, entra a trabajar como bocetista y realizador en los de la viuda de López y Muñoz, donde se adentra en el campo de las comedias y revistas, que tan en boga se pusieron durante los años cuarenta y cincuenta. Compaginando estas escenografías con las realizadas para el género lírico durante más de cincuenta años, le llega su hora de jubilación sin cambiar de empresa.

Tras una vida sencilla —continúa viviendo en una vivienda de la casa donde naciera—, y dedicada en cuerpo y alma a la creación, el anecdotario de Antonio Sendras es tan dilatado como su colección de dibujos al natural. Así, cuenta, no sin algo de orgullo, que cuando hizo *La rosa del azafrán* para su reposición como homenaje al maestro Guerrero a los veinticinco años de su muerte, Fernández Cid, en el «Abc», escribió respecto a la escenografía que "con ella nos hemos trasladado a La Mancha, y yo nunca había estado allí. La ver-

dad es que nunca he tenido problemas con la crítica, que siempre me ha tratado bien, aunque la obra no lo haya sido". Le cabe, asimismo, la satisfacción de haber sido escogido como escenógrafo de diversos estrenos e, incluso, la inauguración del que fuera Teatro Progreso.

Recuerda Antonio Sendras con cariño a Sagi-Barga y Sagi-Vela, así como las compañías, también, de Pedro Terol y Antón Navarro, a los miembros de la Sociedad de Amigos de la Ópera de Bilbao u Oviedo, para las que ha trabajado. Ha dibujado y diseñado, de igual forma, para obras como *Il Trovatore*, *Maria Estuardo*, *La Blanca Doble*, *Molinos de Viento*, *Tiene razón, don Sebastián* y un largo etcétera que no sabría determinar en números. Sus últimos trabajos han sido para el Ballet Nacional y el Circo de Ángel Cristo.

Ahora, dedicado exclusivamente a la enseñanza, procura que sus alumnos no pierdan el interés por la faceta artística de la escenografía: "Yo les aconsejo que profundicen en las técnicas de la pintura y que desarrollen la imaginación, aunque ahora muchas escenografías se hacen sólo con unos pocos rasgos. De todas formas —dice contento— los telones se vuelven a llevar. Es una manera hermosa de decorar un escenario...". ■